

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

ADVERTENCIA

Se ha puesto á la venta el **segundo tomo** en las mismas condiciones que el primero.

SECCION RECREATIVA.

CASILDA

I.

Era rey de Toledo el moro Almenon, con quien el rey de Castilla don Fernando el Grande mantenía cordial amistad.

Este rey moro tenía una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro, que los nazarenos amaban á su Dios, y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

También contó la esclava á la hija del rey moro, que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo, y en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardín que rodeaba el palacio del rey moro, había unas lóbregas mazmorras donde gemían, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un día fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora se echó á llorar sin consuelo, y tornó al palacio lleno su corazón de tristeza.

II.

A la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrodillándose á sus piés le dijo:

—¡Padre! ¡señor padre! en las mazmorras de allende los jardines jime muchedumbre de cautivos. Quitales sus cadenas, ábreles las puertas de su prision y dejales tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas amadas.

El moro bendijo á su hija en el fondo de su corazón porque era bueno y amaba á Casilda como á las niñas de sus ojos.

El pobre moro no tenía más hija que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija, y porque era además la viva imágen de la dulce esposa cuya pérdida lloraba hacía un año!

Pero el moro, antes que padre, era musulman y rey, y se creía obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crimen que el profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma y dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos!

E iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus piés demandándole perdón en memoria de su madre, de la reina cuya muerte lloraba Almenon hacía un año!

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas y estrechó á su hija contra su corazón, y la perdonó diciendo:

—Guárdate, hija mía, de pedir otra vez por los cristianos, y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito:—«Esterminado será el creyente que no esterminare á los infieles.»

III.

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrían las flores, y el aura de la mañana llevaba al pala-

cio del rey moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entonces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasión, en forma de hermosísima mariposa, le salió al paso y encantó su corazón y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la mariposa penetró por ellos dejándola allí inmóvil y enamorada á la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, y entonces recordó que allí gemían, hambrientos y cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas amadas.

Y la caridad y la compasión fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro, tornóse hacia las mazmorras siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

El oro era para seducir á los carceleros, y las viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales tropezó con su padre, que también había salido á distraer allí sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos? preguntó el moro á su hija.

La princesa se puso colorada como las rosas que mecía á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

—He venido á contemplar estas flores, á oír trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes y á respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazón á la madre inmortal de los nazarenos, y respondió entonces á su padre:

—Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV.

¡Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro, su padre!

Cuenta la historia que apenas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los días coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moría de pena viendo morir á su hija.

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba á devolver la salud á la princesa, y entonces Almenon llamó á su corte á los más afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente había sido la ciencia de los primeros, impotente era también la ciencia de los segundos.

—¡Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija! exclamaba el pobre moro, viendo á Casilda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—«¡Mi hija se muere! escribió el rey de Toledo al rey de Castilla. Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi corte, que yo le daré.... mi reino, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.»

V.

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecía al que devolviera la salud á su hija, su reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salvación anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fé que inspiraba la bondad que resplandecía en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas asegurando á Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apenas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejillas de la enferma.

—¡Tomad mi reino! exclamó Almenon loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo, respondió el médico venido de Judea.

—¡Tomad mi mayor tesoro! repuso el rey de Toledo, designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptación el médico, estendió la mano hácia Casilda, y dijo:

—Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvación de la virgen musulmana.

Y al día siguiente, la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aun del médico venido de Judea.

VI.

Casilda y el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, y exclamó derramándolas sobre la frente de la princesa:

—*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá en su niñez le había contado la esclava nazarena que sentían los bienaventurados en el paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hosannas*, que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres? exclamó la princesa atónita y deslumbrada.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jairo, que padecía el mal que tú padeciste, soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

En la orilla del lago azul que hoy llaman de *San Vicente*, y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

ANTONIO DE TRUEBA.

BIOGRAFIAS POPULARES

Apuntes sobre la vida de algunos hombres de bien.

Dejemos á otros la desdichada tarea de dar á luz los crímenes de los hombres y procuremos nosotros dar á conocer sus virtudes.

Juan Bautista Machado y Pedro de la Asuncion.

Fué el P. Juan Bautista Machado portugués é hijo de padres nobles. Nació en la isla Tercera, una de las Azores pertenecientes á Portugal. Ya de niño empezó dar muestras de ánimo excelso y de la suerte dichosa que le había de caber, porque oyendo contar á los 7 años las proezas de los PP. de la Compañía de Jesús en los reinos del Japon, se inflamaba en deseos de seguir sus pasos y dar la vida por Jesu-Christo. A los 16 entró en la Compañía y desde entonces no cesó de solicitar la ida y cumplimiento de sus anhelos, hasta que logró verse en la India y de allí pasar al Japon. Aprendió la lengua en el colegio de Arima, y como vicario del obispo de aquellas partes vivió algun tiempo en Fuxima primera corte de Taicosama.

Publicado de orden de Daifusama el bando de proscripción, alcanzó de los superiores el quedar oculto, y oculto pasó muchos años en Nangasaqui, cuando por ser muy robusto y en la edad viril, desempeñó también el ministerio parroquial, que valía por muchos.

Nunca le había parecido tan ameno el Japon, ni la estancia tan dulce, como desde que empezó á experimentar lleno de trabajos y continuos peligros. Tuvo gran celo, nunca interrumpido, de la salvación de los prójimos, y más de la suya propia, creciendo cada día en paciencia, obediencia, humildad, pureza y demás sólidas virtudes. Entre los muchos que con sus palabras y ejemplos ganó á Jesu-Christo fue muy señalado Tomenanga Girobioi personaje ilustre, y con la singular circunstancia, de que siendo antes acérrimo perseguidor de los cristianos y encargado de intimar al P. la sentencia de muerte, con una exhortación que en el acto le hizo le convirtió á Dios, y seis meses después mereció también la dicha de morir por la confesión de la fé.

En las cartas que de allá se escribían entonces se refieren muchos hechos del espíritu de profecía y conocimiento de los interiores con que el Señor dotó al P. Machado, mayormente hallándose ya preso, y entre otras cosas, el saludar por sus propios nombres sin conocerlos á los neófitos que iban á la cárcel á visitarle, viendo en sus corazones los que estaban firmes en la fé, y los que nó, y alabando á los constantes y reprendiendo á los cobardes. Treinta y siete años tenía cuando alcanzó la palma del martirio, que fué del modo siguiente:

Suscitada la persecución en Nangasaqui con más furia que antes, y huyendo los cristianos á donde cada cual podía, salieron también algunos sacerdotes y entre ellos el P. Machado de orden de su

provincial, que le mandaba refugiarse en las islas cercanas de Goto. Mas apenas hubo puesto el pié en el barco, le avisaron algunos amigos, que en Goto sería mayor el peligro que en Nangasaquí; que ya los espías (gente perversa) le habían olido el rastro, y que no estaba lejos el régulo de Omura encargado por el emperador de la persecucion, por lo cual le exhortaban á tomar otro rumbo, ó más bien volver á Nangasaquí, ciudad más populosa y adicta, donde sería más fácil esconderse.

El ministro de Dios se recogió y oró un poco dentro de sí, y luego dijo: «no iré sino donde me manda la obediencia. No es temeridad hacer lo que se manda. Si doy en manos de los satélites, tendré dos premios, uno de fe, y otro de obediencia. Este es el mejor camino para el martirio.»

Le desembarcaron pues en la isla de Goto, y al dia siguiente al momento en que levantaba la mano para absolver á un penitente, llegan los ministros y le llevan á la carcel de Omura donde le pusieron en cadenas. Allí encontró al P. Fr. Pedro de la Asuncion, que viéndole entrar le salió al encuentro, y con gran ternura le echó los brazos al cuello. El P. Juan Bautista se le arrojó á los piés, dando uno y otro tales muestras de humildad y caridad, que los carceleros no acababan de maravillarse, ni ellos de dar gracias á Dios por la esperanza de la felicidad de su muerte. Así continuaron desde el dia de Pentecostes hasta el lunes siguiente á la fiesta de la santísima Trinidad. La alegría del P. Machado en aquella asquerosa prision se descubre muy bien en las espresiones de una carta suya escrita desde allí á otro sacerdote de la Compañía, en la cual le dice de esta manera: «¡O suma benignidad de Dios, que aun en esta vida premia tan largamente los trabajillos de sus siervos! Padre mio, le aseguro que ni todas las delicias del mundo, ni todas las honras, ni el mando del universo entero trocaría yo por estas cadenas. Una sola cosa temo y siento en el alma, que es acabar la vida con pena inferior á mis deseos. Cuarenta dias ha que en todo el cuerpo sufro dolores vehementes ocasionados del aire craso y apestado de esta laguna en que está la prision, tanto que ni un instante me dejan dormir y tomar alivio; mas este es uno de los mayores beneficios que he recibido de la mano de Dios, y con la continuacion del padecer es tal el gozo que disfruto, que nada me fatiga sino solo mis pecados. Ahora me parece entiendo aquellas palabras del Apostol: *cum infirmor tunc potens sum*. Bien conozco que todo este gozo y fortaleza, cuanta quiera que sea, la dá el Señor, porque de mí nada puedo ni tengo, mas en él y con él todo lo puedo. Suave es el yugo de Christo, porque él es quien lleva el peso acomodándose á nuestra fragilidad, *nec premi nos tentari que patitur supra id quod possumus*.»

Con este mismo espíritu, gallardo en verdad, escribió otras dos cartas aquellos dias.

Llega en fin el aviso de estar ya sen-

tenciados á muerte, oido lo cual, no es para dicho el júbilo de los dos atletas. Decía el franciscano que aquella era la única merced que había pedido á Dios desde el punto que entró en la carcel, y el P. Machado, que tres habían sido los dias mas afortunados de toda su vida: aquel en que fué recibido en la Compañía, el otro el de su prision, y el tercero este de la sentencia capital. Luego tomó la pluma y escribió lo que sigue á su rector: «me acaban de dar la noticia faustísima de mi muerte dichosa. No quepo en mí de gozo viendo que muero por mi Jesús á quien ofrezco mi vida, y ofrecería mil más que tuviese, con gracias incesantes de beneficio tan especial hecho á siervo tan indigno.» Parte de aquel dia lo pasaron en cantar las divinas alabanzas, y parte en purificar más y más la conciencia confesándose uno á otro. Por la tarde seguidos de gran concurso los llevaron al patibulo, cuyo lugar era un collado á dos millas de la ciudad. Caminaban delante las dos víctimas con un santo Christo en las manos, y hablando á los cristianos y á los gentiles, animaban á los primeros á ser firmes en la fé, y á que la abrazasen á los segundos, aunque apenas se oian por los suspiros y llantos de los que iban acompañandolos, si bien todos veían la alegría de sus semblantes, de que admirados los paganos decían, que religion que enseñaba á los hombres á morir así, no podía dejar de ser la verdadera.

Ya en el collado se abrazaron entre sí y con indecible júbilo se daban el parabien de su felicidad. Despues se arrodillaron, y levantando en alto las manos y los ojos, ofrecieron el cuello á los verdugos.

De un solo golpe dividió el sayon la cabeza del P. Fr. Pedro; pero hasta el tercero no cayó en tierra la del P. Machado.

Los cristianos se avalanzaron á recoger por reliquias los cadáveres y algo de la sangre y de los vestidos: pero pronto fueron espelidos del sitio, y sus cuerpos enterrados y cercados con tapia para que nadie llegase á ellos.

Fr. Pedro era natural de Cuerva en el arzobispado de Toledo, hombre de espíritu verdaderamente apostólico, vida ejemplar, ferviente oracion y penitencia, y tan dado al ministerio de confesar que por no faltar á los penitentes, perdía la comida y el sueño.

Publicado el año de 1614 el edicto de proscripcion de los religiosos, prefirió quedarse en el Japon escondido y vestido de secular por no dejar desamparados á los cristianos, hasta que tuvo la suerte de morir martir por nuestra santa fé, que era la dicha suma que deseaba.

R. GARCÍA, S. J.

Bienaventurados los que mueren en el Señor.

Porque preciosa es á los ojos del Señor la muerte de sus santos.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

33. Degollacion de San Juan Bautista.

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma. Mateo 10. 28.

Seguía Juan Bautista aun siempre en la carcel, cargado de cadenas. Mas todo esto no bastaba á Herodías, que detestaba al valeroso profeta y sedienta de venganza buscaba medios para entregarle á la muerte.

Sucedió que Herodes para celebrar el dia de su cumpleaños dió un banquete, convidando á les hombres más notables de su reino. Durante el festin, la hija de Herodías entró y bailó. Esto agradó en gran manera á los magnates de la corte. Herodes mismo quedó tan encantado, que fuera de sí, dijo á la jóven: «Pideme lo que quieras, y te lo concederé, aunque fuese la mitad de mi reino.» Confirmó esta promesa con juramento. La jóven corrió á esto presurosa á verse con su madre y la dijo: «¿Qué he de pedirle?» La madre contestó: «¡Pide la cabeza de Juan Bautista!» Vuelta en presencia del rey, le dice: «Te ruego, me des en un plato, al instante, la cabeza de Juan Bautista.» Affligiose Herodes mucho con esta demanda, porque le constaba que Juan era hombre justo y santo; pero, como bajo juramento había prometido concederla lo que le pidiese, ordenó muy luego al verdugo, fuese á decapitar en la prision á Juan Bautista, cuya cabeza habría de traerle en una fuente. Este fué efectivamante á decapitar en la prision á Juan cuya ensangrentada cabeza fué entregada á la jóven, quien la llevó, sin pérdida de momento á su perversa madre.

Tal como Juan Bautista á Herodes, hizo tambien allá en su tiempo el santo y valiente profeta Elías severas reconvencciones al impio rey Acab, quien, por lo mismo, quiso quitarle la vida.

34. La multiplicacion milagrosa de los panes.

En tí fijan ¡oh Señor! todas las criaturas sus ojos y tú les das á su tiempo el alimento. Abres tu mano, y colmas de bendiciones á todos los vivientes, Salmo 144. 15.

Al aproximarse la fiesta de la Pascua regresaron los Apostoles de su primera mision y contaron á Jesús, cuanto habian hecho y enseñado. Jesús dijo: «Venid

y reposad un poc. « Entraron después en un barco y se fueron á la opuesta orilla del mar de Galilea, en donde se retiraron á un lugar desierto y apartado. Pero tambien allá le siguió una multitud de pueblo. Cuando Jesús vió aquella muchedumbre tan grande tuvo compasión de ella y comenzó á enseñarles á todos y á curar los enfermos que le habían sido presentados. A la caída de la tarde se llegaron á él los discípulos y dijeron: «Desierto es este lugar y va declinando el día, será bueno pues, despedir á esta gente para que vayan á las granjas y aldeas á comprar que comer.» Jesús les contestó: «Nosotros les daremos de comer. ¿Cuántos panes teneis?» Y respondieron ellos: Cinco panes y dos peces tenemos; pero ¿qué es ésto para tantos?» Jesús mandó á la gente que se sentara en tierra y tomando entónces los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al cielo bendijo y partió los panes y dividió los peces. Después dió los panes y los peces á los discípulos para que lo distribuyesen todo entre el pueblo, cuyo número ascondia á cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Comieron todos y se hartaron. Después dijo Jesús á sus discípulos: «Recoged ahora lo que sobró de los pedazos para que nada se pierda. Alzáronlo todo y llenaron doce cestos con las sobras. Quedó el pueblo tan admirado de aquel milagro obrado por el Salvador que quería aclamarle rey y conducirlo á Jerusalem. Mas Jesús, aprovechando la noche, se retiró de aquel lugar con sus discípulos, dirigiéndose sólo á un monte para entregarse allí á la oración.

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIEDADES

HISTORIA DE UN JESUITA contada por «El Imparcial».

Las últimas noticias recibidas del padre Damen son que ha sido atacado por la lepra.

Pocos lectores conocerán la historia del padre Damen. Héla aquí referida brevemente:

Molokai es una de las islas más encantadoras del Pacífico. Pertenece al grupo de las de Sadwich, las isla Eliseas del mundo moderno. La palabra humana ha agotado sus artificios para describir las maravillosas combinaciones de sus arenas de coral con el azul de sus mares, sus cascadas brillantes y sus flores y plantas de suprema hermosura tropical.

Pero aquel paraíso tiene de tal nada

más que el aspecto. Detrás de sus selvas casi mágicas hay una llanura, lo único poblado de toda la isla de Molokai, y la llanura es... un horrible campamento de leprosos. La tremenda enfermedad de los tiempos antiguos asolaba á las islas Sandwich, y en 1873 se dispuso recoger á todos los leprosos y aislarlos en la isla Molokai. Había unos mil doscientos, que en su mayoría se refugiaron en cuevas y en los bosques, huyendo del enterramiento en vida que se les preparaba. Sus familias iban á llevarles auxilios, y por este medio pudieron ser cogidos y deportados. Las escenas de la separación fueron conmovedoras: los padres, los esposos, los hijos y los amigos de los leprosos llenaban los aires de lamentos, y se abrazaban á los deformes y repugnantes cuerpos de aquellos seres queridos que se llevaban á la isla del aislamiento y que no podían volver á ver.

La deportación se hizo y la colonia de los leprosos quedó cerrada para siempre á todo ser sano. Ni un hijo tuvo valor para enterrarse con su padre entre los leprosos, ni una esposa partió con su marido. Ni tampoco pudo encontrarse un médico ni un sacerdote que consintiera en partir con ellos.

En esto apareció el padre Damen. Era un jesuita jóven, de gran ilustración y prestigio entre los suyos, cuyo porvenir estaba entre los más altos destinos de la Compañía. El padre Damen, enterado del caso, se ofreció á ir voluntariamente á sepultar su existencia en la isla de Molokai y á sacrificar su vida con tal de llevar consuelos y auxilios diarios á los leprosos. El mundo entero le colmó de admiraciones y los protestantes de Sandwich y de Inglaterra le proclamaron santo y ensalzaban á porfía su virtud admirable.

El padre Damen partió, pronto hará doce años. Hasta ahora había logrado defenderse de la terrible enfermedad. Pero su última carta contiene estas frases:

«La lepra se ha apoderado al cabo de mí. Tengo corroidas una pierna y una oreja. Las cejas se me caen á pedazos. Dentro de poco tendré la cara completamente desfigurada. No cabiéndome duda del género de la enfermedad que sufro, me siento tranquilo, resignado y feliz entre los míos.»

La prensa inglesa, al recordar hoy la historia de este jesuita, no encuentra palabras bastantes con qué enaltecer el alto ejemplo de caridad que está dando al mundo el sublime padre Damen.

Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿por qué no cuenta estas historias «El Motín»

Dice un colega;

«El P. Pedroso, de la Compañía de Jesús, ha entregado á la empresa de los ferro-carriles del Norte, por vía de restitución, un encargo recibido en el tribunal de la penitencia, la cantidad de 17.500 pesetas.»

Y luego dicen que la confesión no sirve de nada.

De seguro que si todos los hombres se confesasen bien y más amenudo no habría en el mundo tantos ladrones.

SENTENCIAS DE SALOMON

Los ojos de Dios están mirando, en todo lugar, á los buenos y á los malos.

El que devuelve mal par bien, no verá el mal apartado de su casa.

El que guarda su lengua, guarda su alma.

El homicida huirá desfallecido hasta el sepulcro, y nadie le sostendrá.

Guarda mis mandamientos como las niñas de tus ojos, y vivirás feliz.

A DE P. 96

PENSAMIENTOS.

Para que seas feliz,
honra á tu padre y tu madre;
quien les enoja es maldito...
quien les abandona, ¡infame!
(DEUT. V, 16, y ECCLI. III, 18.)

Sufre y calla resignado,
que es la paciencia, hijo mío,
árbol de raíz amarga...
pero de fruto dulcísimo.

(MÁXIMA DE LOS PERSAS.)

M. Amat.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción. 4 ptas. mensuales.
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. , 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.